



Capítulo 75 - Conociendo a otra suegra.

"Oh, miren a quién tenemos aquí", dijo Sapphire con una sonrisa depredadora, como un tiburón que detecta a su presa.

Entrecerró los ojos y se fijó en la imponente figura de una mujer vestida con un kimono japonés tradicional, algo que contrastaba marcadamente con el entorno modernizado.

"¿Sigues fiel a los dogmas de tu madre, Raphaeline? Debo decir que es casi conmovedor." Hizo una pausa dramática, dejando que el veneno de sus palabras fluyera con suavidad.



"Este atuendo ceremonial... ¿inspirado en quién? Ah, claro... el Sol. Amaterasu debe estar revolviéndose de asco al ver a otro demonio distorsionar sus creencias."

Raphaeline no se molestó en mirar directamente a Sapphire.

La diferencia de altura entre ambos era obvia, pero no era eso lo que determinaba la fuerza de una presencia.

La jerarquía invisible pero poderosa entre ellos hacía que el aire se sintiera más pesado. E incluso Raphaeline, con toda su

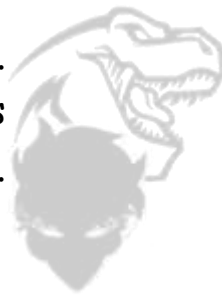


arrogancia, sabía que esa era una línea que no podía cruzar sin precaución.

Ella estaba por debajo de Zafiro... pero eso no significaba que ella—

—Qué cálida bienvenida, Zafiro —dijo Raphaeline con voz suave pero afilada como una espada—. Me imagino que toda esta emoción es porque temes que... ¿le haga algo a tu nuevo juguete? —La sonrisa que le dedicó fue fría, provocando deliberadamente a la otra.

Zafiro entrecerró los ojos, intentando mantener la compostura. "¿Mi juguete? Ay, Raphaeline, hablas como si me estuvieras amenazando. Deberías preocuparte por tus propios intereses. Quién sabe qué podría pasar si pierdes el control ahí fuera."



Raphaeline levantó una ceja y finalmente dirigió su mirada hacia Sapphire.

"¿Perder el control? De verdad que me confundes con otra persona. Mi presencia aquí es solo un recordatorio de que hay cosas que están mucho más allá de tu alcance, Zafiro." Sonrió, tapándose parcialmente los labios con la mano, como si le divirtiera una broma interna.

Hablando de confusión, me intrigas. Tus modales groseros me hacen cuestionar tu origen... Tienes porte de espartano, pero tus



rasgos me recuerdan a los de una mujer rusa. Dime, ¿no te da pena no tener un lugar al que llamar tuyo de verdad?

Zafiro sintió la provocación como un cuchillo afilado. Las palabras de Raphaeline siempre daban en el clavo, como si conociera cada una de sus inseguridades.

De dónde vengo o adónde voy, Raphaeline, es irrelevante. A diferencia de ti, no estoy atada al pasado ni a tradiciones oxidadas.

Raphaeline rió suavemente, su risa resonando como campanas lejanas. «Puede que no estés encadenada, Zafiro, pero parece que estás dando vueltas. Siempre intentando demostrar algo que, en el fondo, sabes que nunca lograrás. ¿Qué te asusta tanto? ¿Es el miedo a que, al final, todo lo que has construido sea solo una ilusión? La mujer más fuerte, nunca amó a nadie.»



La mujer más fuerte siempre se aburre de ser la más fuerte. Qué gracioso.

Zafiro apretó los puños, pero controló la voz. «No me muestres tus debilidades, Raphaeline. Y hablando de proyecciones, espero que hayas venido con convicciones dignas de mi presencia, porque percibo un atisbo de nerviosismo».



Raphaeline mantuvo su elegante sonrisa, pero el tenue destello de su aura comenzó a vibrar casi imperceptiblemente. Sabía adónde se dirigía Sapphire, y la provocación que siguió no la sorprendió.

"¿Es ese nerviosismo porque... tu querido espíritu familiar se convirtió recientemente en sushi?", preguntó Zafiro, soltando una risa contenida, pero saboreando visiblemente el momento.

Fue todo un espectáculo, ¿verdad? Ver al poderoso familiar de la reina convertido en rebanadas de sushi... bueno, eso me han dicho. Se encogió de hombros con indiferencia.

La paciencia de Raphaeline se agotó en el instante en que resonó la risa. Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por una expresión fría y calculadora. El aura que la rodeaba comenzó a expandirse, llenando el espacio como una ola de poder sofocante. "Oh, tú...", susurró Raphaeline, con un tono oscuro y amenazador en su voz.



La presión demoníaca en el aire se hizo palpable. Zafiro, a pesar de su provocación, sabía cuándo una situación se estaba descontrolando. Aun así, mantuvo la cabeza alta, como inmune a la creciente furia de Raphaeline.

—¿Estás nerviosa, Raphaeline? —preguntó Zafiro, con voz aún suave, aunque con un dejo de aprensión—. Esperaba más calma de una reina demonio. ¿O es que tu corona es tan frágil como tus emociones?



Raphaeline dio un paso al frente, y la tensión en el aire se disparó. «Me subestimas, Zafiro. Mi espíritu familiar es el menor de tus problemas... Pero fácilmente podría convertir tu existencia en uno de ellos». Sus palabras eran como hielo, cada sílaba impregnada de una sutil amenaza.

Zafiro sabía que había tocado una fibra sensible, pero retirarse no era una opción. Aun así, no podía ignorar el aura creciente de Raphaeline, que parecía a punto de explotar en cualquier momento.

"Si quieres hacer esto... más concreto, puedo hacerlo", dijo Sapphire, intentando mantener viva la provocación, aunque plenamente consciente de que estaba pisando terreno peligroso.

Pero antes de que la tensión pudiera escalar a un enfrentamiento en toda regla, Sapphire esbozó una leve sonrisa e hizo un gesto hacia su mansión.

¿Por qué no hablamos de esto de una manera más... civilizada? ¿Quizás adentro? Después de todo, sería una pena desperdiciar toda esta energía en una pelea sin sentido aquí afuera.

Raphaeline, aún irradiando poder, dudó un momento antes de controlar su aura. "Hablas demasiado, Zafiro. Pero esta vez te daré el beneficio de la duda". Con una última mirada gélida, la siguió adentro.





Una vez dentro de la mansión, el pesado aire de tensión se disipó momentáneamente cuando los ojos de Raphaeline se posaron en una escena inesperada.

Su hija, Ada, estaba descansando casualmente en un lujoso sofá junto a Vergil, quien lucía una sonrisa que rayaba en la insolencia.

Frente a ellos estaban sentados los herederos de dos poderosos clanes, Agares y Sitri, completamente tranquilos, como si estuvieran esperando una audiencia importante, o, en este caso, un espectáculo.

Raphaeline se acercó con paso firme, llenando la habitación con su imponente presencia. Fue entonces cuando Vergil, en el momento justo, esbozó una amplia sonrisa y habló con la naturalidad de quien ignora el peligro.



—Bueno, pero si es mi encantadora suegra —dijo con un tono despreocupado pero inequívocamente provocativo.

Los ojos de Raphaeline parpadearon, sobresaltados por un instante, antes de que una expresión sombría cruzara su rostro. Los herederos de Agares y Sitri reprimieron la risa, conscientes de que la situación estaba a punto de ponerse mucho más interesante.

"¿Suegra?" repitió Raphaeline con voz firme pero con un matiz de incredulidad e irritación.



La sonrisa de Vergil no se alteró. "Bueno, así llamamos a la madre de nuestra amada esposa, ¿no? Y Ada... Bueno, estamos en una etapa bastante avanzada de nuestra relación. Ya sabes cómo son las cosas: en estos tiempos modernos."

Ada, que había permanecido en silencio hasta ese momento, simplemente suspiró, como si estuviera acostumbrada desde hacía mucho tiempo a las payasadas de Vergil.

—Él no va a hacer esto... Por supuesto que lo hará —murmuró Ada para sí misma.

La mirada de Raphaeline pasó de Ada a Vergil, luego de vuelta a su hija. Entrecerró los ojos y su aura, que se había calmado tras el encuentro con Zafiro, volvió a latir. "¿Avanzada? No recuerdo haber dado mi aprobación para nada de esto", dijo, con cada palabra rebosante de autoridad.



Vergil se encogió de hombros, con expresión aún relajada, como si se tratara de una simple formalidad. "Ah, ¿pero quién necesita bendiciones cuando hay tanta... química involucrada?". Miró a Ada, quien puso los ojos en blanco casi imperceptiblemente.

Los herederos de Agares y Sitri se lo pasaban en grande, observando el intercambio con sutiles sonrisas. Sabían que Raphaeline no era alguien con quien se pudiera jugar, pero Vergil parecía decidido a ponerlo a prueba.



Raphaeline respiró hondo, controlando su ira. "Chico, no sé con quién crees que estás hablando, pero no estoy aquí para juegos".

"Claro que no, suegra", respondió, todavía bromeando, pero con un tono un poco más serio esta vez. "Pero seamos sinceros, todo esto es un poco... tonto. Después de todo, ya no tienes ningún poder sobre mi esposa". Los ojos de Vergil brillaron con un claro desafío, pero ella no iba a dejarlo pasar.

La sala se sumió en un silencio sepulcral, y por un breve instante, nadie se atrevió a moverse. Raphaeline permaneció inmóvil, pero el aire a su alrededor cambió en un instante. Su aura, antes contenida y dominante, se volvió opresiva. La intención asesina que emanaba llenó la mansión, cerrándose como un puño invisible alrededor de Vergil.



Sintió el peso de su presión como una ola aplastante recorriéndole las venas, pero se mantuvo en pie. Su cuerpo gritaba por rendirse, sus piernas amenazaban con ceder, pero se negaba a doblegarse. Vergil no era de los que se desmoronaban fácilmente, ni siquiera ante alguien como Raphaeline.

«No es tan fuerte como Zafiro...», pensó mientras sus piernas empezaban a temblar levemente bajo el peso de su aura. «Pero maldita sea... siento que la cabeza me va a estallar». Tragó saliva con dificultad, intentando mantener la compostura. A pesar de su anterior bravuconería, ahora era plenamente consciente del error que había cometido.



Raphaeline sonrió, una sonrisa fría y afilada como una cuchilla. "¿Te atreves a hablar de poder en mi presencia, muchacho? Tu arrogancia solo es superada por tu ignorancia. Puedes creer que eres el esposo de mi hija, pero nunca olvides que... soy mucho más que eso."

Vergil forzó una risita, manteniendo un tono ligero a pesar del sudor frío que se le formaba en la frente. "Parece que las suegras tienen fama universal, ¿eh?"

Raphaeline dio un paso adelante y la presión se intensificó. Vergil respiraba con dificultad. Sus músculos estaban tensos, a punto de ceder ante el inmenso peso. No pudo contener el temblor involuntario en las piernas, pero mantuvo la mirada fija en Raphaeline, negándose a mostrar debilidad.



"¿Te parece gracioso?" La voz de Raphaeline era baja, casi un susurro, pero con una fuerza abrumadora. "Hablas del poder como si lo entendieras. Pero solo eres un niño que juega con cosas que escapan a tu comprensión."

'Chico este... chico aquel... ¿Acaso piensa que soy el maldito hijo del dios de la guerra o algo así?'